

LIBROS

Augusto Roa Bastos, en Madrid

No parece ocioso recordar que la literatura latinoamericana existía antes del famoso "boom" y ha seguido existiendo después. Una operación publicitaria no puede confundirse con un auténtico recuento de valores literarios. Sin embargo, una buena parte de la crítica española —y no digamos ya de la foránea— ha montado todo su tinglado estético y aun ideológico sobre Latinoamérica en base a ese grotesco equívoco. Y de esta manera, quienes han perdido han sido los de siempre, es decir, los lectores, que han tenido que pechar con una información insuficiente, que ha ignorado a muchos de los mayores escritores latinoamericanos de "antes" y de "después".

Uno de esos escritores ha sido el paraguayo Augusto Roa Bastos. Roa Bastos, nacido en 1917, participó muy joven —a los quince años— en una de las guerras más crueles que se han desarrollado en el continente americano: la guerra del Chaco. Un conflicto en el cual dos países pobres, Bolivia y Paraguay, se enfrentaron despiadadamente por cuenta de los imperialismos extranjeros —concretamente, en este caso, por cuenta de las multinacionales del petróleo—. De aquella terrible experiencia, Roa Bastos extrajo materiales para una de las mejores novelas de la literatura latinoamericana: "Hijo de hombre", publicada en 1960. Hay que decir que, desde 1947, Roa Bastos vivía exiliado de su país. Su posición política, independiente, pero de signo nítidamente democrático y antiimperialista, no podía resultar cómoda para los sucesivos tiranos —ahora le toca el turno al grotesco Stroessner— que han gobernado su país.

Desde entonces, Roa vive en el exilio. Algunas veces vuelve a su patria para recoger materiales para sus libros, para establecer contacto con un mundo que sigue siendo suyo. "Un escritor

no debe de perder nunca sus raíces" —nos dice—. Un escritor latinoamericano, si quiere escribir una obra auténtica, tiene que estar cerca de su tierra". El cono Sur de Latinoamérica es hoy un infierno: Chile, Uruguay, Argentina. Y hacia el Norte, Bolivia y Paraguay, más el gigante brasileño, torvo y acechante, dispuesto a cumplir su papel subimperial de gendarme de sus vecinos. Desde octubre pasado, Roa Bastos vive en Francia, en Toulouse, de cuya Universidad es profesor de Literatura hispanoamericana, a la vez que dirige un seminario sobre lengua y cultura guaraní.

Como José María Arguedas, como Juan Rulfo —dos escritores de los cuales habla con subida admiración—, Roa Bastos ha ido a buscar las claves históricas de América Latina en la presencia de lo amerindio. Al contrario que los indigenistas —de méritos históricos indudables—, Roa Bastos, como los escritores antes mencionados, quiere superar los viejos esquemas naturalistas, en última instancia paternalistas, con los cuales se quería dar cuenta de la vasta realidad latinoamericana. "Mi propósito es integrar en la literatura un orden mítico, simbólico, que rebasa los planteamientos puramente naturalistas". Y al hablar de Rulfo y de Arguedas señala una característica que se puede aplicar también a su propia novela: "Transformaron la novela regional americana, dándole una dimensión poética universal". Frente a una literatura ideologizada en exceso, ellos plantearon una nueva valoración de lo autóctono más auténtica, más real, tanto desde un punto de vista estético como histórico.

En 1974, Roa Bastos publica en Argentina lo que muchos consideran su obra maestra: "Yo, el Supremo" (hay edición española: Siglo XXI de España; Madrid, 1976).

"Yo, el Supremo" tiene como figura central a una de las personalidades más controvertidas de la historia latinoamericana: el doctor Gaspar Rodríguez de Francia, supremo dictador del Paraguay. El doctor Francia fue un gobernante despótico, pero que no se puede confundir con la siniestra sucesión de payasos sangrientos que han asolado América Latina desde Rosas hasta Pinochet. Todo lo contrario. Francia, que era doctor en Teología por la Universidad de Córdoba y, por tanto, hombre de formación escolástica, fue —en palabras de Roa Bastos— "el

hombre que mejor entendió en América Latina el espíritu de la Ilustración, no adaptándolo mecánicamente, como hicieron los patriotas de Buenos Aires, sino adaptándolo a las necesidades de una sociedad primitiva".

Frente a los historiadores tradicionalistas y liberales, que se han esforzado unos por presentarlo como un dictador de extrema derecha "avant la lettre" y otros como un simple tirano sanguinario, una corriente historiográfica, "revisionista", se ha esforzado por devolvernos la verdad de esa extraña figura solitaria, agudamente consciente del peligro de neocolonización por parte de Gran Bretaña que gravitaba sobre América una vez derrotado el imperialismo español. Francia creó de la nada una nacionalidad fuerte, un Estado que permitió convertir su país en el más próspero de Sudamérica.



Roa Bastos.

ca en el siglo XIX hasta que la famosa Triple Alianza, formada por Argentina, Brasil y Uruguay y teledirigida, por supuesto, desde Londres, acabó con esa prosperidad en una increíble guerra de exterminio, en la cual perecieron *todos los varones* del Paraguay.

En "Yo, el Supremo", Roa es agudamente consciente de la necesidad de revisar tantas páginas clave de la historia de América Latina. Por eso su novela tiene a veces más andadura de ensayo que de narración propia-

mente dicha, lo cual acaso vaya en detrimento de su valor literario puro. Pero Roa Bastos, que piensa que la actividad del escritor no es una actividad privilegiada, al margen de la Historia, ha preferido el riesgo de hacer una novela ensayística. El resultado no se puede decir que sea decepcionante. Así, "Yo, el Supremo" no es una novela de dictadores más. Roa Bastos, que valora muy alto una novela como "Tirano Banderas", de la cual parte todo un género literario latinoamericano, ha hecho algo más que una reflexión sobre el poder absoluto en su libro: ha procurado situar en su verdadero contexto histórico a un hombre y a unos episodios concretos, deformados y desconocidos, de la realidad americana.

Para Roa Bastos, ahora es necesario superar la idea de que existe una dicotomía entre la literatura española y la latinoamericana: "En esta nueva época en que parece estar entrando España, es necesaria una religación de las literaturas de expresión castellana, creando una unidad significativa". Esa unidad cultural, que entre nosotros soñaron hombres como Unamuno y Valle-Inclán, pero que al otro lado del Atlántico ha tenido tantos entusiastas, es una de las garantías posibles contra la formidable marejada anglosajona. Roa Bastos, que en estos momentos dirige también un seminario sobre la tipología del dictador en la literatura americana, cree en un porvenir distinto para el gran continente mártir. Aunque afirma su posición de escritor no alineado, no "engagé" en una opción política concreta, su obra es, sin lugar a dudas, una de las aportaciones más serias, más profundas, a la causa de liberación de América Latina. "Hijo de hombre" y "Yo, el Supremo" son dos aportaciones de primer orden en esa dirección. Escritor nada "vedettista", su humildad de creador queda muy bien expresada en una frase suya recogida por Herman Mario Cueva: "... los libros de los particulares no tienen importancia; que sólo importa el libro que hacen los pueblos para que los particulares lo lean". ■ JAVIER ALFAYA.

Flaubert: el idiota de la familia

Durante los años del "compromiso", Jean-Paul Sartre es-

cribió en *Situations*, II: "Flaubert, que tanto ha despotricado contra los burgueses y que creía haberse puesto al margen de la máquina social, ¿qué es para nosotros sino un rentista con talento?". Pero después fueron, penosamente, cambiando los tiempos; el rentista de Croisset —responsable también desde su silencio de la represión que siguió a la Commune— sale del "purgatorio", reexplica la escritura como el compromiso primero del novelista mientras Robbe-Grillet, Michel Butor, Beckett y Nathalie Sarraute le asignan al eremita desdeñoso el papel de "maestro de la nueva novela". Para regodeo de Vargas Llosa —ejemplar flaubertiano ilustre—, François-Regis Bastide escribe en el prólogo a la primera *Educación sentimental*: "Ya lo sabíamos, pero ahora lo sabemos de una vez y para siempre: el verdadero Patrón es Flaubert". Es decir: el triunfo de la soledad, el indecible sufrimiento del estilo, el dolor inútil, el irrevocable adiós a la vida, el aislamiento pensado para corregir infinitamente. Escribir es vivir; la escritura (la literatura) es un ser total. Flaubert ya está rescatado en el círculo luminoso de una nueva vida. Después vendrá los estudios de Maurice Nadau, de Sufel, de Thibaudet, el ensayo de Vargas Llosa, y en 1971, Sartre publica un voluminoso ensayo que ahora podemos leer: *El idiota de la familia* (1). Los dos primeros tomos que nos llegan suman 1.174 páginas. Queda uno por traducir y otro anunciado por Sartre sobre *Madame Bovary*, creemos que sin publicar. El rentista mimado es ahora millonario en páginas sartrianas.

Mientras que el ensayo de Mario Vargas Llosa —conocido por los lectores españoles— propone un acercamiento a Flaubert desde la perspectiva del "crítico practicante", definido por Eliot como el crítico que, siendo creador (Octavio Paz, por ejemplo), no aspira de ninguna manera a la objetividad, descubriendo su juego subjetivo de identificaciones y resonancias con su propio concepto de la literatura, Sartre parte de la crítica científica totalizante: ¿qué podemos saber, hoy, acerca de un hombre? Esta pregunta equivale a totalizar las informaciones que poseemos de un hombre, un ser plural analizado con infinita pa-

ciencia, un "universal singular" universalizado por su época, un Flaubert, como nos dice Consuelo Berges, hecho trizas, centenares de trizas, millares de trizas bajo los ojos miopes, lúcidos, de un Sartre psicoanalista no exento de Marx. El viejo y duro enemigo bucea y penetra en el muerto y por solemnes acumulaciones exhaustivas vemos al malhumorado gigante nórdico que se nos pone erecto y lleno de vida secreta sobre el interminable texto de Jean-Paul Sartre, que abarca desde el nacimiento —1821— hasta 1857, fecha de la publicación de *Madame Bovary*, que es, en cierta manera, el verdadero nacimiento de Flaubert, la culminación de treinta y seis años de miserable dolor recorrido por



Jean-Paul Sartre.

fases: Gustave, idiota, no logra dar con los secretos de la escritura. Su hermana Caroline, nacida en 1824, aventaja al niño tonto frecuentemente embromado por los criados. Gustave es ingenuo y confiado. Perteneció a la sufrida tipología de los perplejos. No se adecúa al entorno, cae bajo el desorden de una realidad nunca analizada ni comprendida. Problemas con el doctor Achille-Cléophas Flaubert, páginas perfectas de Sartre. Al fondo, la madre, que después tanto cuidará del hijo incapaz y enfermo, ¿qué es en realidad? Chocó con el hermano mayor, continuación obediente del padre. Con todos los métodos interdisciplinarios de las ciencias actuales, Sartre apunta con un pesado cañón a un niño idiota y el resultado es una matanza final que nos aporta una infinidad de trozos, vísceras, huesos y pellejo para ofrecernos un reto impera-

tivo: monte usted el mapamundi borgiano de tamaño natural y de paso baje usted al infierno de la especulación pura salvo cuando Sartre procede sobre verificaciones sólidas: padre-hijo, hermano o estudio consumado del Segundo Imperio y sus relaciones con el funcionamiento sociológico del médico dentro de ese contexto concreto.

En el transcurso de la lectura esforzada y paciente (apta para sartrianos, menos apta para flaubertianos fervidos), nos accha una pregunta: ¿dónde queda el escritor Flaubert? Seguro que llega, en el otro tomo llega. Pero Gustave Flaubert está aquí, en el famoso y eternamente oscuro episodio de Pont-l'Évêque. El idiota cae desplomado al



Gustave Flaubert.

suelo, sin sentido. El débil idiota acaba de ganarle la partida al padre. Desde ese momento —el de su renuncia definitiva al mundo— Flaubert elevará a la categoría de trabajo infinito el acto delictivo de escribir, la tontería despreciada por la sociedad burguesa a la que pertenece. Sartre no nos cuenta esa victoria, pero tratándose de Flaubert (y de Sartre) hay que seguir esperando siempre. ■ JULIO M. DE LA ROSA.

El Nobel y la literatura catalana

No hay esperanzas, dicen que en Estocolmo se ha decidido el futuro universal de la literatura catalana: los rancios sabios de

la Academia Sueca, dispuestos siempre a repartir medallas entre los mejores olímpicos de las ciencias y las letras, han dispuesto que la literatura catalana no esté a la altura de un Premio Nobel. Parece ser que el único que tiene posibilidades, muy a la larguísima, es Baltasar Porcel. "Es una buena promesa", han dicho los venerables ancianos. Josep Francesc Valls ha abierto los ojos de todos los escritores catalanes que tenían como ambición cumbre el Nobel y sus diez millones de pesetas: en la revista catalana *Serra d'Or* ha publicado una entrevista al periodista catalán y republicano Ernest Dethorey, corresponsal en Suecia hasta 1939 de *La Vanguardia*, *El Día* y *La Llibertat*, y Dethorey afirma que es una injusticia que no estén entre los nobelables Esprú, Foix o Pere Quart. Para Ernest Dethorey se trata de una cuestión de lengua, está seguro de que si Esprú escribiera en castellano o en francés haría años que habría recibido el Nobel.

Josep Francesc Valls, después de haber dialogado con Dethorey, quiso tocar fondo en la cuestión e hizo por ver a uno de los momotombos del Nobel, el señor Karl Ragnar Gierow, secretario de la Fundación Nobel. Gierow, conocido por su carácter seco, áspero, afirmó que en el premio no había discriminación alguna, que lo que pasa es que se premia "a los escritores de talla internacional, sean de la lengua que sean". Gierow añade que es más lógico que una población de cien millones tenga más escritores importantes que no una de cinco. Nosotros, entre paréntesis, le preguntaríamos al sueco que por qué no premian a los chinos, a los indios o más a menudo a los rusos... Según Gierow hay entre los miembros del Comité Nobel un conocedor de las literaturas castellana y catalana. Un "especialista", vaya. Josep Francesc Valls, armado de paciencia, buscó al especialista de ambas lenguas. No lo encontró por ninguna parte, y pensó que quizá Gierow se refería a Artur Ludkvist, traductor al sueco de Neruda, Borges y Aleixandra. Fue él quien consiguió que se premiara a Neruda, desestimado muchos años quizá por ser demasiado "comunista". Artur Ludkvist no habla ni el castellano ni el catalán, aunque parece ser un poco más simpático que Gierow. Fue él quien dijo que Cela era todavía demasiado joven para recibir el galardón. Ludkvist cree que a Borges le to-

(1) Jean-Paul Sartre: *El idiota de la familia*. Gustave Flaubert desde 1821 a 1857. Editorial Tiempo Contemporáneo. Col. Libros Fundamentales. Buenos Aires, 1975.